

*DON JUAN TENORIO ¹

Manuel Gutiérrez Nájera

EL ÚNICO REALMENTE VIVO EN EL DÍA DE MUERTOS ES UN DIFUNTO: DON JUAN Tenorio. Ese caballero (que por cierto, no lo es) ejerce, ogaño como antaño, su maravilloso poder de fascinación. Nadie sabe por qué viene en día de finados: tal vez tenga licencia de Dios para salir de la gloria o del purgatorio en esa fecha. Pero él llega a hora precisa: generalmente a las cuatro de la tarde, en Todos Santos. Se viste, se acicala; alquila un espadón, visita al actor mexicano don Manuel Estrada y Cordero, pega sus tarjetones en todas las esquinas y se prepara al rapto de Chucha Servín o Concha Méndez.²

Puntual es don Juan Tenorio. Su fiesta no es movible, sino fija. Jamás se descarriela el tren que le trae (por de contado no ha escogido ahora ni escogerá nunca la línea del interoceánico), acaso, como Lohengrin, tiene un cisne que le sirve de cabalgadura. El hecho es que llega, desenvaina el acero, desenvaina cómicos, ¡y allá van de redondillas!

Muchos, en el día de muertos, apenas si hacen memoria de los padres, de la esposa, del hermano, del amigo, pero de don Juan, de ese convidado de piedra que se sienta a nuestra mesa cada año, todos se acuerdan en el dos de noviembre. Por donde quiera que circule sangre española, circula y circulará don Juan Tenorio. Desaparecieron los conquistadores, los encomenderos, los virreyes; se realizó la Independencia, pero ni el cura Hidalgo, ni Morelos, ni Iturbide, pudieron quitarnos a estos conquistadores españoles, permanentes en el territorio mexicano: el tendero, el empeñero, el contratista y don Juan Tenorio. El gachupín del empeño oye el grito de Dolores, pero maldito el caso que le hace; el de la tienda sítianos por hambre; el contratista contrae deudas que paga la nación, y Tenorio nos enseña anualmente a reñidores, a embusteros y a dar sablazos.

En la supervivencia de este tipo tradicional, más señalada en España y en las repúblicas que ella educó, hay mucho digno de estudio. El Segismundo y el mágico prodigioso de Calderón, viven arrumbados en los desvanes de la inteligencia culta. Los personajes de Shakespeare no son populares —con excepción de Falstaff, acaso— ni en la misma Inglaterra. Representan grandes abstracciones, enormes sumas humanas. El Fausto tenía mayor popularidad cuando era títere. Hoy se le mira con respeto, como a una gloria nacional de Alemania: vive embalsamado, pero no habla ni anda sino en los círculos literarios. Personajes realmente populares son Arlequín, en Italia; Pierrot, en Francia, y, subiendo a esferas superiores, don Quijote, don Juan y Sancho Panza. España puede gloriarse de haber creado tres tipos universales; los que mejor comprende el pueblo. Son, pues, más intensamente humanos que los

otros; más de carne, por decirlo así.

Ese don Juan voluble, fanfarrón, mentiroso, enamorado, jugador; ese don Juan que vive en el ocio y en la orgía; que despilfarra, que es mal hijo, amante pésimo, pero siempre afortunado; ese don Juan que, tras de hacer mil fechorías y centenares de infamias, aparece simpático y entra con toda desvergüenza al cielo. Nos encanta porque es la idealización de nuestros defectos, el vicio amable, perdonado y casi canonizado. Encarna, además, la petulancia de nuestra raza, su pereza, su falta de circunspección y su prodigalidad. Fausto es abstracto; sale de una redoma encantada; ya no hay usureros que presten sobre almas o ya no hay gentes que tengan alma porque, si la tuvieran, estaría empeñada. don Juan, más o menos degradado, más o menos envilecido, vive siempre.

¿Quién, de mozo y cuando en las venas “la sangre juvenil toca a rebato”, no se ha creído un don Juan o soñado en ser como él? Ya los tenorios mequetrefes de hoy no podrían blandir la tizona del que se las hubo con el convidado de piedra, pero el carácter subsiste, en intención, cuando menos.

Todos, o casi todos (porque he oído hablar de hombres perfectos), llevamos adentro un don Juan hablador, baladrón y mentiroso. Eso nos hace bobos a nosotros mismos. Él es quien nos dice: —tú tienes mucho talento, tú eres hermoso, muy valiente, magnánimo, conquistador de corazones... y, generalmente, le creemos todo eso.

A veces, ese don Juan sale a los labios de su poseso y habla con el interlocutor de éste, refiriéndole imaginarias conquistas amorosas, lances quiméricos, peripecias inauditas y grandiosas hazañas. A fuerza de escuchar cien y cien veces lo que nos cuenta ese don Juan interno, llegamos a creer que, en efecto, somos como él dice, y que nos han ocurrido las prodigiosas aventuras inventadas por él. Un mentiroso es, simplemente, un hombre cuyo don Juan es más hablador que el don Juan de los otros.

Pero el de la generalidad siempre disculpa los errores que cometemos; prométnos tesoros para el porvenir; realza y borda nuestras buenas obras; se empeña en hacernos creer que la señorita X o la señora Z están perdidamente enamoradas de nosotros; ofrece empleos como cualquier ministro, y nos convencemos, sin mucho esfuerzo, de que ese tan íntimo amigo nuestro dice la verdad.

La idea que de nuestro yo tiene ese don Juan, es comúnmente la contraria; tiene nuestra mujer. El hidalgo de La Mancha tenía un don Juan enorme adentro, y una mujer muy gruesa, zafiamente sensata: Sancho Panza.

En mi juicio, no hay, no puede haber monólogos. Ninguno habla solo. Todos dialogamos en la soledad. O se conversa con alguien ausente, o se habla con un dolor, o se tienen coloquios con don Juan. En éstos, él es quien charla más. Toma la palabra y comienza a engañarnos. Parelotea como esos comerciantes franceses que enseñan telas y sombreros y encajes y sombrillas a las damas, mareándolas y aturdiéndolas con su habladería, hasta que ellas caen y compran, como si un vahído

las postrata. Ése es el que enciende en nuestro interior su linterna mágica, y convier- te a veces nuestra alma en una caja de música tocada por él.

Tiene algo de Aladino, algo de alquimista, mucho de Diego Corrientes, y hasta un poco de Alí Babá, cuando ya no somos muy honrados. Es el que nos lee cuentos de hadas cuando estamos solos. Tiene, para entretener a ese gran niño que ya con nosotros mismos, sus cajas de soldados de plomo, todos bien vestidos, todos relu- cientes, con vistosas flámulas con airosos penachos, con alegre música. Le quere- mos y le creemos, como creíamos y queríamos, de muchachos, al tío que nos conta- ba, para entreternos, las proezas de los doce pares.

El don Juan de los ermitaños era el don Juan místico, algo así como san Juan de la Cruz. Nadie está solo en la vida y a todos acompaña ese adlátere más o menos embustero. Para algunos, es el joven pálido, vestido de negro, que acompañaba a Alfredo de Musset y parecía su hermano.³

Pero el don Juan propiamente dicho es el que nos disculpa, el que nos encubre, el que nos deslumbra, el que nos halaga, el que nos pervierte. En las horas de la desgracia le aborrecemos, pero él, astuto y mañoso, ronda la buharda en que yace enferma nuestra alma, y como el seductor que ha abandonado a su víctima y siente de cuando en cuando el deseo de verla, entorna la puerta, entra embozado, habla, y torna la seducida a abrir los brazos.

Porque vemos en ese tipo del Tenorio la representación de nuestro interno y magnífico don Juan, nos cautiva esa figura frívola, viciosa, sin pasiones, sin ideales, sin creencias, que tiene hermosura en la comedia de Tirso, por lo osada y pujante, pero que, en el drama moderno, personifica nada más al rufián bien parecido y al tunante afortunado.⁴

Don Juan perjudica a todos, y por ser donjuanesca se empobrece y se muere nuestra raza. El petulante, el despilfarrado, el burlador de mujeres no tiene el fin de ese don Juan, criatura de Zorrilla, sino el fin que tuvo el de Tirso. Siempre se lo lleva el Diablo.

NOTAS:

1.-El Duque Job, "don Juan Tenorio", en *El Partido Liberal*, t. XII, núm. 1993 (1o. de noviembre de 1891), p. 1.

2.-*Don Juan Tenorio*, un drama religioso-fantástico en dos partes (primera, en cuatro actos; segunda, en tres actos), de José Zorrilla [y Morall]; Cruz, 28 de marzo de 1844. En México se presentó los días 7 y 8 de diciembre de 1844, con muchísimo éxito, en el Gran Teatro de Santa Anna (después Gran Teatro Nacional). Desde 1864 data la costumbre de representar dicha obra, año tras año, con motivo de la conmemoración de los difuntos. Acerca de la tradición, Salvador Novo dice que en nuestro país encontró "una disposición especial y atávica para el disfrute de esta mezcla de religiosidad y diver- sión que con el espectáculo de *don Juan Tenorio*, coincidían en prolongar en el teatro y por la noche el trato familiar con la nunca temida muerte" (*vid.* S. Novo, "Prólogo" a J. Zorrilla, DON JUAN

TENORIO, MÉXICO, 1974, pp. ix-xlii; *loc. cit.*, p. xxxvi). En los días en que se escribió la presente crónica, el drama de Zorrilla era representado en el Principal por la compañía de Enrique Labrada; en el Orrin, por la empresa Romero, con Fernanda Rusquella, y en el Hidalgo, por la compañía dramática mexicana, con María de Jesús Servín y Concha Méndez, esta última, actriz y cantante mexicana muy famosa durante el Segundo Imperio, fue protegida de la emperatriz Carlota.

- 3.- *Un jeune homme vêtu de noir, qui me ressemblait comme un frère*; vv. 5 y 6 de la 3a. estrofa de "La nuit de décembre" (1835), de Alfred de Musset, que con variantes se repiten al final de las estrofas 1, 5, 7, 9 y 18. Fue recogido en la sección "Poésies Nouvelles" de la edición de *Poésies complètes*, 1854. En dicho poema el autor expresa la soledad de su alma, puesto que el misterioso que lo acompaña en las emociones dolorosas de su vida, es él mismo (*vid. A.*, de Musset, *ŒUVRES COMPLÈTES*, PARIS, 1963, pp. 153-155; *loc. cit.*, 153).
- 4.- *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, comedia dramática en tres jornadas y dieciocho cuadros, de Tirso de Molina [fray Gabriel Téllez], publicado en 1630, y cuyo personaje, el controvertido don Juan, ha sido desde entonces objeto de inspiración para los artistas y de polémica para los intelectuales.

* Tomado de: Obras VII/Crónicas y artículos sobre teatro, v (1890-1892). Manuel Gutiérrez Nájera. UNAM.

